

Opinión

HACE 25 AÑOS

El general Rubén Paredes, jefe de la Guardia Nacional, anunció su candidatura a la presidencia del país, a pesar de que la Constitución prohibía la participación de los militares en la política.

La Prensa

FUNDADO EN 1980
Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa

PRESIDENTE
Fernando Berguido

PRESIDENTE FUNDADOR
I. Roberto Eisenmann Jr.
DIRECTORES EMÉRITOS
Winston Robles
Guillermo Sánchez Borbón

DIRECTORA
Siaska S. Salcedo S.

SUBDIRECTORES
Rolando Rodríguez B.
Lourdes de Obaldía

EDITORES:
Gionela Jordán y Cecilia Fonseca,
(Jefas de Información), Juan Luis Batista
(Política), Zoraida Chong (Sociedad),
Elizabeth Garrido (Judiciales),
Roberto López (Nacionales), Liz Carrasco
(Opinión), Rafael Calvo (Deportes), Yasmina
Reyes (Mundo), Diego Quijano (Negocios),
Tamara del Moral (Vivir +), Edwards Santos
(Fotografía), Mleika Bernal (Defensora del Lector),
Luzmila de Flamarique (Corrección)

GERENTE GENERAL ENCARGADO:
César A. Tribaldos Giraldez
GERENTES: María E. de García de Paredes
(Finanzas), Irma de Real (Comercialización),
Juan Carlos Planells (Operaciones),
Julio Mohr (Nuevos Medios)

La opinión de **La Prensa** se expresa únicamente en el **HoyHoy**. Los artículos de opinión así como las caricaturas son responsabilidad exclusiva de sus autores.

REDACCIÓN: 221-7515 - **PUBLICIDAD:** 323-7400
ADMINISTRACIÓN: 221-7537 - **SUSCRIPCIONES:**
222-9030 - **SUPLEMENTOS:** 323-7264

[OPINIÓN DE VIC]



FRUSTRACIÓN SOCIAL.

Los gritos del silencio

Pedro Luis Prados Saldaña
opinion@prensa.com

El silencio es soledad y misterio, como lo evocan las metáforas literarias; pero el silencio es en realidad temor oculto, indiferencia o complicidad. Es una forma de atar las palabras para no decir lo que debemos o de ocultar el destello de un pensamiento o, lo que es peor, el miedo convertido en conducta colectiva. Como mal incubado en la sociedad, se ha instalado como un comportamiento asumido cada vez que una crisis amenaza nuestra forma de vida o ante decisiones más allá de nuestra conveniencia. Es una enfermedad que destruye la moral de los pueblos y se extiende en todos los estratos sociales, inclusive en aquellos llamados a sentar las bases de la reflexión crítica como nuestra universidad nacional.

En una pesadilla surrealista despertamos atrapados en congestiónamientos de tránsito, gases lacrimógenos, humareda de llantas, pedreas interminables; mientras cientos de conductores sufren el recalentamiento de sus vehículos y hombres y mujeres marchan a pie a sus trabajos o casas ante la imposibilidad de ejercer la libertad de

movimiento. Argumentando disímiles motivos como el alza del combustible o de la electricidad; el costo de la vida; el aumento del pasaje o un acuerdo del consejo general un grupo minúsculo de jóvenes se toman la vía pública como ejercicio mañanero para descargar su adrenalina o mantener su vigencia política. Pero lo más patético no son las formas de protesta ni la inconsistencia de los motivos –cuya diversidad revela una dudosa legitimidad política–, sino el daño hecho a sus propios compañeros que en desbandada –como la foto de la niña vietnamita que desnuda y con un grito ahogado corre aterrorizada por el napalm– huyen espantados de una situación de la que no son arte ni parte.

No entendemos cómo una veintena de sujetos logra que 40 mil estudiantes suspendan sus estudios y se paralice una ciudad por el solo hecho de disentir de las opiniones de los demás. Nos preguntamos si esos estudiantes que ejercen su derecho al voto cada año para escoger la dirigencia estudiantil lo hacen con el propósito de que se les impida el derecho al estudio y a una profesión digna. Es injusto que miles de panameños y panameñas que trabajan arduamente para enviar a

sus hijos en busca de una educación vean frustrados sus esfuerzos por los cierres periódicos de la institución. Y qué decir de los miles de estudiantes que trabajan, desde las tareas domésticas hasta las inclementes labores de la construcción, y que en un esfuerzo superior a sus fuerzas acuden a clases nocturnas y se encuentran que ese sacrificio no tiene ningún sentido. Ese es otro sacrificio no mensurable –que solo se mide en las privaciones de muchos hogares; los desvelos de padres e hijos; en el madrugar antes del despunte del sol, trabajar todo el día para luego, con el cansancio a cuestas, acudir a clases en busca de un futuro mejor– el que debe ser ponderado por esos jóvenes guerreros antes de embozarse el rostro y levantar una barricada.

Esos miles de estudiantes que escapan sofocados por los gases lacrimógenos y sobre los que se cierne la pérdida del año académico son la mayoría silenciosa víctima en todas las sociedades de las más variadas formas de las tiranías, pero son también los verdaderos actores de las transformaciones sociales. Son ellos, los que tienen ese poderoso instrumento que les ha dado la democracia a las mayorías para que determinen la legitimidad de quie-

nes los representan. Esos futuros ciudadanos que se desempeñarán en un país en donde la creciente competencia y calificación profesional definen las opciones laborales, son quienes deben determinar la calidad y derecho de continuidad de la educación que reciben.

Esa mayoría no ha sido más que espectadora de las acciones de quienes se han abrogado el derecho de dirigir su vida presente y futura, de negociar a su nombre prebendas, concesiones y subsidios. Como niños temerosos contemplan eternizados dirigentes pasearse sigilosos por los pasillos impartiendo consignas y manipulando año tras año los movimientos estudiantiles para luego, con título o sin él, insertarse en un cargo público o de elección en los partidos oligárquicos que tanto criticaron. Esa mayoría silenciosa tiene la palabra. Esas bocas cerradas tienen la obligación de abrirse para decir: ¡Basta! Esos andares apresurados en busca de los portones de salida tienen el compromiso de volver sobre sus pasos en procura de nuevas formas de organización que legitimen sus luchas y aspiraciones, y mantener en alto los ideales del estudiantado y los compromisos con el país.

Una sociedad dominada por la téc-

nica y la universalidad del conocimiento demanda de agrupaciones políticas con formas inéditas de organización, criterios nuevos de validación de sus actuaciones e innovadores procedimientos de lucha. La globalización económica no se asusta con máscaras ni se derrumba con piedras, sino con opciones científicas y el conocimiento que brinda la investigación y el quehacer cultural. Las preocupaciones por la realidad social no se disipan destruyendo las instituciones que avallan e identifican la nación, sino con la preservación de lo valioso que hay en ellas y el desarrollo de modelos confiables y progresistas. Construir nuevas formas de identidad que unifiquen a los panameños en un proyecto nacional viable, luego de superados los paradigmas del siglo pasado, no es un trabajo de uno, es un compromiso de todos. Es un esfuerzo que requiere la autoestima, la tolerancia y el diálogo inteligente como garantías de la convivencia y libertad de expresión que solo la universidad puede proporcionar. Por eso el primer deber de todo universitario es salvar su universidad, en ello va la salvación de su propio futuro.

El autor es docente de la Universidad de Panamá

IRREGULARIDADES.

Transporte público, una historia sin resolver

Dorys F. Hilbert B.
opinion@prensa.com

Desde hace décadas hablamos de la mala situación del transporte en nuestro país, pero todo sigue igual a pesar de las promesas de los diferentes gobiernos. En 1959 operaban dos grandes empresas que manejaban el transporte colectivo en la ciudad de Panamá, del centro hacia las afueras. Una era Transportes Carbonell y la otra Transportes Barletta, ambas estaban ubicadas en Vía España cerca de donde hoy se encuentra la Pepsi Cola. En esa época la población no llegaba al millón de habitantes (se logró en 1963), por ende, los habitantes en la ciudad no representaban ni el 10% de lo que hoy en día son. El costo del transporte era de cinco centavos y, definitivamente, el costo del combustible era mucho más barato. Pero, llegó el momento en que el gobierno de Omar Torrijos, en 1968, consideró que el transporte colectivo

no debía ser manejado por empresas, sino por individuos que tuvieran su propio medio de trabajo. Así se establecieron “los cupos”, disolviendo las empresas de transporte, y se impuso el método que perdura hasta el día de hoy.

El área considerada como “las afueras” abarcaba Parque Lefevre y las zonas circundantes. Luego, la ciudad fue creciendo en forma acelerada y sin medidas preventivas. Proliferó la construcción de urbanizaciones hacia las afueras, provocando los tranques que hoy tenemos en la ciudad de Panamá.

Como en la vida “todo tiene su precio”, los cupos no fueron manejados de forma honesta y se empezaron a “vender”, así unos cuantos individuos acapararon varios.

Lo que expreso en este artículo lo hago con conocimiento y base, porque durante muchos años estuve relacionada con este sector, en el que los dueños de cupos debían tener la aprobación del sindicato para obtener la exoneración de su unidad y

todos los documentos que les permitieran circular sus buses.

Vemos que en todas las elecciones se habla del transporte comunitario, pero se olvidan de lo importante que significa el traslado diario de cada ser humano que lucha para sobrevivir en la actual sociedad, en donde el costo de vida cada día es más alto, en donde los odios, rencores y el dolor imperan en el corazón de todos los habitantes. Estas características hacen que cada día sea más dura la supervivencia y convierten al país en un mar de muertes innecesarias.

Nos preguntamos ¿a qué se debe la violencia que se registra en nuestro país? La respuesta la obtendríamos, si en vez de hablar pudiéramos experimentar lo que un panameño (a) tiene que vivir para poder llegar a su área de trabajo y obtener su sustento.

Por cosas del destino, nuevamente he tenido que utilizar este medio público para transportarme y he visto de la forma en que se comportan los usuarios. Los caballeros

no ceden sus asientos a las damas, a las personas de la tercera edad, a las mujeres embarazadas, a los discapacitados, o a los niños (as), en fin... También he podido ver el odio, el cansancio y la falta de amor de las personas que utilizan este medio; es decir, que triste es la vida de aquel que tiene que utilizarlo.

En las horas pico utilizar el transporte es vivir en un infierno; los buses llevan a muchos más pasajeros de lo que permite la capacidad del vehículo, en consecuencia las personas van guindando. El resto del tiempo, los conductores solo paran para recoger a los pasajeros en donde quieren, más cuando otro bus viene detrás, porque van en una carrera para ver quién llega primero a la piquera.

No puedo decir que todos los conductores sean “asesinos en potencia”, pues he comprobado que como en todo hay excepciones. Pero el comportamiento de la mayoría afecta el de todos.

Cuando uno sube a un bus siente el olor de aceite quemado (por falta

de mantenimiento), escucha la entrada de los cambios (hacer doble movimiento del embrague, *clutch*), ve que los asientos están en muy malas condiciones, y hasta percibe que el vehículo no tiene la fuerza suficiente para circular.

Ahora que se aproximan las elecciones, prometen la entrada de nuevos buses, pero pregunto ¿corregirá esto el problema de la comunicación, de los tranques, del costo del combustible...? En fin, ¿Resolvemos el dolor que siente cada panameño (a) al usar este medio de transporte?

Hay que hacer un estudio de la población, por zonas, que utiliza este medio para poderles brindar, realmente, un buen servicio.

Espero que este mensaje llegue a aquellos que tienen el poder de resolver la vida de cada uno de los que habitamos este suelo, para que el resto de nuestras vidas podamos tener paz, amor y tranquilidad.

La autora es licenciada en administración de empresas turísticas